



EL TALLER

REVISTA MASÓNICA

ÓRGANO DE LA CONFEDERACION DEL CONGRESO DE SEVILLA
Y DE LA GRAN LÓGIA SIMBÓLICA INDEPENDIENTE ESPAÑOLA.

UNIVERSI TERRARUM ORBIS ARCHITECTORIS GLORIA AB INGENIIS
ORDO AB CHAO

SECCION OFICIAL.

La Gran Comision Central de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*, en uso de las facultades que la vigente Constitucion le concede, ha decretado y sancionado lo siguiente:

Artículo 1.º Se abre una suscripcion en la Secretaría de esta Gran Logia con el fin de reunir algunos socorros para los emigrantes judios que hayan sufrido en las persecuciones de que han sido objeto en Rusia.

Art. 2.º Se invita á todos los hermanos de la obediencia de esta Gran Logia á que contribuyan á esta suscripcion con la cantidad de *una peseta* cada uno, que podrán entregar en la Secretaría de su Logia para ser remitida á la Gran Secretaría.

Art. 3.º Independientemente de esta suscripcion de carácter familiar, las Logias de la obediencia procurarán recojer fondos por suscripcion ó de otro modo en sus localidades respectivas, donde esto sea factible.

Art. 4.º Los fondos recaudados por cualquier medio serán remitidos á la Gran Secretaria, antes del 1.º de Octubre del año actual, en cuya fecha se declarará cerrada la suscripcion y se remitirán los fondos recaudados á la Junta de socorros para los emigrantes hebreos establecida en Paris, publicándose en el periódico oficial el resultado obtenido.

Art. 5.º Se publicará en el próximo número de *EL TALLER* una solemne protesta contra los bárbaros atropellos de que han sido victimas los hebreos en algunas poblaciones de Rusia, la cual irá firmada por la Gran Comision Central en representacion de la Gran Logia, de las Logias y hermanos de la obediencia.

Sevilla 8 de Julio de 1882.

EL GRAN PRESIDENTE
DIÓGENES LAERCIO M.º M.º.

Refrendado, sellado y timbrado.

EL GR.º SEC.º.
NEWTON M.º M.º.

GRAN SECRETARÍA DE LA GRAN LOGIA
SIMBÓLICA INDEPENDIENTE ESPAÑOLA.

Debiendo facilitarse por esta Gran Secretaria, á principios de cada mes, los datos necesarios para que la Gran Comision de Hacienda pueda formalizar sus cuentas, se recomienda eficazmente á las RR.º. Logias de la obediencia el exacto cumplimiento de la regla 9.ª del artículo 28 de la Constitucion, evitando así el retraso que viene sufriendo la publicacion de las cuentas trimestrales, aprobadas, del Gran Tesoro.

Sevilla 10 de Julio de 1882.

EL GRAN SEC.º.
NEWTON M.º M.º.

PROTESTA.

Conocidos son del mundo entero los bárbaros atropellos é incalificables crímenes de que han sido víctimas los hebreos en varias poblaciones de Rusia, y cuya frecuente repeticion, de algun tiempo á esta parte, arguye la existencia de un plan de destruccion concebido de antemano, y cuyo origen hay que buscar en los odios que inspira el fanatismo religioso.

Nos estaba reservado asistir á esos horribles *autos de fé* que la civilizacion, al parecer, habia hecho imposibles, y cuando creíamos, ó teníamos motivos para creer, que las ideas de tolerancia y fraternidad universal predicadas en todas partes por los apóstoles de la redencion del pueblo, habian matado para siempre las intransigencias de las edades pasadas, vemos con dolor y con espanto que existen pueblos feroces, que incendian, saquean, matan y ¡horror! queman á fuego lento los tiernos cuerpecitos de delicados niños por el solo delito de pertenecer á una raza, que no tiene las creencias de los cristianos.

Millares de israelitas, hombres laboriosos é inteligentes, ciudadanos honrados, han visto desaparecer en un dia el fruto de sus trabajos de muchos años y expoliados y reducidos á cenizas sus casas y haciendas, tienen aún que agradecer á sus verdugos el haber escapado con vida, para comer en la emigracion el amargo pan de la miseria.

Otros muchos sin cuento, han sido víctimas del puñal de sus asesinos, que no han respetado ni la cabellera blanca del anciano decrepito, ni la súplica de la débil é inocente doncella, que extendia sus brazos en demanda de piedad, ni el llanto del niño arrebatado del regazo materno, capaz por sí solo de conmover las entrañas de una fiera.

Ante tamaños crímenes, nadie que tenga sentimientos humanos, debe permanecer en silencio. No es esta una de esas cuestiones de gobierno interior, en las que los extraños no tienen derecho

á intervenir; es al contrario una cuestion de justicia, que afecta á los intereses de la humanidad entera, puesto que esos atentados conculcan la libertad de conciencia, que no es propiedad de un pueblo ni puede estar á merced de las turbas fanatizadas, estén ó no estén auspiciadas por los poderes públicos.

Protestemos, pues; ¡levántese un grito unánime de reprobacion! ¡que no haya un hombre libre que no levante su voz contra los criminales asesinos de los israelitas en Rusia! ¡Que sepan los fanáticos que nuestro siglo no aplaude sus bárbaras heroicidades! ¡Que caiga sobre sus cabezas la execracion universal, á que se han hecho acreedores por la sangre inocente que han derramado!

¡Masones del Universo, hijos de la luz, que llevais escrito en vuestra bandera los nombres sacrosantos de LIBERTAD, TOLERANCIA, FRATERNIDAD, unid vuestras voces á nuestra humilde voz y protestad con toda la energia de vuestro corazon herido en sus más caros sentimientos, contra esos viles asesinos y tended una mano bienhechora á sus víctimas!

¡Guerra al fanatismo! ¡execracion y vergüenza á los fanáticos!

Sevilla 8 de Julio de 1882.

La Gran Comision Central de la Gran Logia Simbólica Independiente Española.

B.: Ruiz.—V.: Santolino.—J.: M.: Valdospino.—M.: Martinez.—E.: L.: Miniet.—M.: A.: Lallave.—M.: Rubio.

Es copia.

M.: RUBIO,

Newton, Gr.: Secret.:

MUCHAS GRACIAS.

Las merece sin duda de nuestra parte el apreciable colega *Boletín del Gr.: Or.: de España* por el ramillete de flores que nos regala en su número de 15 de Junio pasado. Nos llama neos partidarios del Simbolismo, masones nuevos, que desconocemos el mecanismo de la institucion, discolos, que mantenemos vivo el espíritu de desunion y de discordia y nos quiere poner en abierta contradiccion unos con otros, porque unos patrocinamos el Simbolismo independiente y otros defienden la ortodoxia escocesa etc., etc.

Diremos á nuestro colega, sin ofenderle, que el que ménos de los masones, que han creado la *Gr. Lógica Simbólica Independiente Española* y contribuyen á su desenvolvimiento progresivo, es tan antiguo en la institucion y tiene tantos títulos al respeto y consideracion de sus hermanos, como cualquiera de sus redactores. Y en cuanto á amor á la Orden y conocimiento de sus leyes y mecanismo, no estableceremos un pugilato con el colega, pero tampoco nos consideramos inferiores á él.

Por lo demás, nuestro colega confiesa que no sabe lo que somos y sin embargo sostiene que sus argumentos en contra de nuestro derecho de prioridad quedan en pié. «Ha demostrado, dice, hasta la saciedad que la Gran Lógica de Sevilla está cometiendo una verdadera detentacion del territorio, puesto que otro cuerpo más antiguo que ella y con mejores títulos de origen, ejerce legítimamente desde hace muchos años la soberanía de los talleres simbólicos... El territorio está ocupado legítimamente desde mucho ántes que los confederados de Sevilla soñaran siquiera en deslizarse de la jurisdiccion portuguesa, y así lo atestiguan más de doscientas Lógicas unidas y compactas, que ocupan el país....»

That is the question, querido colega; y bien podríais para uso de vuestros lectores, transcribir la contestacion que dimos á estos argumentos en nuestros números de 30 de Abril y 30 de Mayo, como nosotros lo hicimos en este último copiando del pié de la letra las razones que aduciais para mantener vuestro derecho y que ahora reproducis, sin hacer caso de nuestra refutacion. Así se enterarian vuestros lectores, como están enterados los nuestros, de la razon que á cada cual asiste y juzgarian y fallarian un pleito, que con el tiempo ganaremos, como le tenemos ganado en la conciencia de los que nos juzgan con imparcialidad.

Y por hoy no decimos más,

EL 14 DE JULIO DE 1789.

(CONCLUSION.)

Si Monsieur de Launey hubiese sido un verdadero militar, no hubiera introducido así al parlamentario en el mismo corazon de la plaza; aun ménos le hubiese dejado arengar la guarnicion. Pero es necesario hacer notar que los oficiales de la Bastilla eran la mayor parte por gracia del Lugarteniente de Policía; aquellos que, sin embargo, no habian servido nunca, llevaban la cruz de San Luis. Todos, desde el

gobernador hasta los marmitones, habian comprado sus plazas, y sacaban de ellas el partido que podian. El gobernador á sus sesenta mil libras de sueldo encontraba medios de agregar cada año otro tanto con sus rapiñas. Proveia su casa á costa de sus prisioneros: habia reducido la provision de leña, y especulaba con el vino, y con el triste mobiliario. Cosa impia, bárbara; arrendaba á un jardinero el pequeño jardin de la Bastilla, que cubria un baluarte, y por esta miserable ganancia, habia privado á los prisioneros de este paseo, así como del de las torres, es decir, del aire y de la luz.

Esta alma baja y ávida sentia aún una cosa que abatía su valor; sabia que era conocido. Las terribles Memorias de Linguet habian hecho á De Launey ilustre en Europa. La Bastilla era odiada; pero el gobernador lo era tambien personalmente. Los furiosos gritos del pueblo que llegaban á sus oídos, los tomaba por él, y estaba poseido de turbacion y miedo.

Las palabras de Thuriot produjeron diferente efecto en los Suizos que en los Franceses. Los Suizos no las comprendieron; su capitán Mr. de Flue estaba resuelto á resistir; pero el Estado Mayor y los Inválidos se conmovieron; aquellos viejos soldados, en trato continuo con el pueblo del arrabal sentian repugnancia á hacer fuego sobre él. La guarnicion estaba dividida; ¿qué harian los dos partidos? Si no podian venir á un acuerdo, ¿harian fuego el uno al otro?

El desgraciado gobernador, con tono apologetico, dijo lo que acaba de convenir con la ciudad. Juró é hizo jurar á la guarnicion, que si no eran atacados, ellos no tomarian la ofensiva.

Thuriot no se contentó con esto: quiso subir á las torres, y ver si efectivamente se habian retirado los cañones. De Launey, arrepentido ya de haberle dejado penetrar tan lejos, se negó á ello; pero sus oficiales le estrechan y sube con Thuriot.

Los cañones habian sido apartados disimuladamente; pero siempre en punteria. La vista desde esta altura de ciento cuarenta piés era inmensa, aterradora; las calles, las plazas, llenas de pueblo; el jardin del Arenal ocupado todo por hombres armados. Por el otro lado una inmensa masa negra avanzaba.... era el arrabal de San Antonio.

El gobernador se puso pálido, y agarrando á Thuriot por un brazo, le dijo: «¿Qué habeis hecho? Habeis abusado del título de parlamentario, y me habeis hecho tracion.»

Ambos estaban sobre el borde, y De Launey tenia un centinela en la torre. Todo el

mundo en la Bastilla prestaba juramento al gobernador; era, en esta fortaleza, el rey y la ley. Aun podía vengarse....

Por el contrario, Thuriot fué quien le impuso miedo á él. «Caballero—le dijo—ni una palabra más ú os juro que uno de los dos caerá al foso.»

En aquel momento aproximóse el centinela, tan turbado como el gobernador, y dirigiéndose á Thuriot, le dijo: «Por favor, caballero, dejaos ver; avanzan, y nó viéndoos, van á atacar.» Pasó la cabeza por la tronera, y el pueblo, al verle salvo y arrogantemente subido sobre la torre, prorumpió en inmenso clamor de alegría y aplausos.

Thuriot descendió con el gobernador, atravesó nuevamente el patio, y hablando á la guarnición: Voy—dijo—á dar cuenta de mi comisión; espero que el pueblo no se negará á dar una guardia ciudadana que guarde la Bastilla con vosotros.

El pueblo se creía que á la salida de Thuriot entraría en la Bastilla. Cuando le vió partir para dar cuenta al Hotel de Ville, le tomó por traidor, y le amenazó. La impaciencia llegó hasta el furor: la multitud hizo prisioneros tres inválidos, y quería hacerlos pedazos. Se apoderó de una señorita que creyó era hija del gobernador, y había quien quería quemarla si el rehusaba rendirse. Otros la libraron de sus manos.

¿Qué será de nosotros, decían, si no está tomada la Bastilla antes de la noche? Santerre, un cervecero que el arrabal se había dado por comandante, propuso quemar la plaza, lanzando á ella aceite de clavel y espliego de que se habían apoderado la víspera, que incendiarían con fósforo, y envió á buscar las bombas.

Un carretero, antiguo soldado, sin hacer caso de esta charla, se puso bravamente á la obra. Adelántase, con el hacha en una mano, se sube sobre el techo de una garita próxima al primer puente levadizo, y bajo una lluvia de balas, trabaja sosegadamente, corta, rompe las cadenas y hace caer el puente. Pasa la multitud: ya está en el patio.

A la vez hacían fuego desde las torres y desde las troneras que estaban en la parte de abajo. Los sitiadores caían á montones, y no hacían daño á la guarnición. De todos los disparos hechos durante el día, sólo dos hicieron blanco: únicamente uno de los sitiados fué muerto.

El comité de los electores que veía ya llegar los heridos al Hotel de Ville y deploraba la efusión de sangre, hubiera querido contenerla. No había más que un medio para esto y era inti-

mar la rendición de la Bastilla en nombre de la Ciudad, y hacer entrar en ella la guardia ciudadana. El preboste dudaba mucho, Fauchet insistió, y otros electores instaron. Fueron como diputados; pero con el fuego y el humo no fueron vistos; ni la Bastilla ni el pueblo cesaron de hacer disparos. Estuvieron en el más inminente peligro.

Una segunda diputación, con el procurador de la ciudad á la cabeza, un tambor y una bandera fué apercibida desde la plaza. Los soldados que estaban en las torres enarbolaron una bandera blanca volviendo sus armas. El pueblo cesó de tirar, siguió á la diputación y entró en el patio. Llegados allí fueron acogidos con una descarga que dejó en tierra muchos hombres al lado de los diputados. Es muy probable que los suizos que estaban abajo con De Launey no vieron las señales que hacían los inválidos.

La rabia del pueblo fué inexplicable. Desde la mañana decíase que el gobernador había atraído á la multitud á los patios para hacer fuego sobre ellos: creyéronse engañados dos veces, y resolvieron perecer ó vengarse de los traidores. A aquellos que pretendían hacerlos volver les decían en su arrebató: «Nuestros cadáveres servirán, á lo ménos, para llenar los fosos.» Y sin acobardarse nunca, iban obstinadamente contra las descargas, contra aquellas mortíferas torres, creyendo que á fuerza de víctimas podrían rendirla.

Entónces, y cada vez más, muchos hombres generosos que aún nada habían hecho se indignaron de una lucha tan desigual que era sólo un asesinato, y quisieron tomar parte en ella. No hubo ya medios de contener á los guardias franceses: todos tomaron parte por el pueblo. Fueron á ver los comandantes nombrados por la ciudad y les obligaron á darles cinco cañones. Dos columnas se formaron; una de obreros y ciudadanos, y otra de guardias franceses. La primera tomó por su jefe á un joven de talla y fuerzas heróicas, Mullin, relojero de Ginebra; pero que había llegado á ser criado, lacayo del marqués de Conflans: el traje húngaro de lacayo lo tomaron sin duda por un uniforme; las libreas de la servidumbre guiaron al pueblo al combate por la libertad. El jefe de la otra columna fué Elias, oficial de fortuna del regimiento de la Reina, que, en un principio vestido de paisano, tomó luego su brillante uniforme señalándose valerosamente á los suyos y al enemigo. Entre estos soldados había uno admirable por su valor, por su juventud y su pureza, una de las glorias de la Francia, Marceau, que se contentó con combatir, y no reclamó nada del honor de la victoria.

Las cosas no estaban muy adelantadas cuando ellos llegaron. Habían empujado incendiándolas tres carretas de paja, quemando las garitas y las cocinas, y ya no sabían qué hacer. La desesperación del pueblo recaía sobre el Hotel de Ville. Acusaban al preboste, á los electores, instándoles con amenazas de ordenar se sitiase la Bastilla, y no se pudo nunca obtener la orden.

Varios medios raros, extraños, se proponían á los electores para tomar la fortaleza. Un carpintero aconsejaba emplear una obra de carpintería, una catapulta romana para lanzar piedras contra las murallas. Los comandantes de la Villa decían que era necesario atacar en regla abriendo brecha. Mientras tenían lugar estas largas é inútiles discusiones trajeron y se leyó una carta de que acababan de apoderarse. Becenval escribía á De Launey se resistiera hasta el último extremo.

Para apreciar el valor del tiempo en esta crisis suprema, para explicarse el terror que producía la tardanza, es necesario saber que á cada instante se sucedían falsas alarmas. Suponíase que la corte, instruida á las dos horas del ataque de la Bastilla, empezado á las doce aprovecharía estos momentos para lanzar sobre París sus Suizos y sus Alemanes. Los de la Escuela militar ¿pasarían el día sin hacer nada? Esto era inverosímil. Lo que dijo Becenval de la poca presión que podía hacer sobre sus tropas, parece una excusa. Los Suizos se mostraron muy firmes en la Bastilla y así se nota por la carnicería que hubo; los dragones alemanes habían hecho fuego muchas veces el 12 y matado guardias franceses: éstos habían matado también dragones; el odio de cuerpo aseguraba la fidelidad.

El arrabal de Saint Honoré estaba desempeñado, temiéndose ser atacado de momento en momento: la Villette encontrábase en las mismas circunstancias, y efectivamente, un regimiento vino á ocuparla; pero demasiado tarde.

Toda lentitud se tomaba por traición; las tergiversaciones del preboste le hacían sospechoso, así como á los electores. La multitud, indignada, comprendía que perdía el tiempo con ellos. Un anciano exclamó. «Amigos, ¿qué hacemos aquí con estos traidores? vamos cuanto antes á la Bastilla!» Todos se fueron: los electores, estupefactos, se quedaron solos. Uno de ellos salió, y volviendo lívido, con el rostro de un expector, dice: «No tenéis dos minutos de vida si permanecéis aquí, la Grève tiembla de rabia..., hédos ahí que suben...» No intentaron huir, y esto fué lo que los salvó.

Todo el furor del pueblo se concentró contra el preboste de los mercaderes. Los comisiona-

dos de los distritos venían sucesivamente á echarle en rostro su traición. Una parte de los electores viéndose comprometidos ante el pueblo por su imprudencia y mentiras, se volvieron contra él y le acusaron. Otros, el buen viejo Dussaulx (el traductor de Juvenal) el intrépido Fauchet intentaron defenderle, inocente ó culpable, salvándole de la muerte. Obligado por el pueblo á pasar desde el despacho á la gran sala de San Juan, le rodearon, y Fauchet sentóse á su lado. Los terrores de la muerte reflejábanse en su semblante: «Yo le veía,—dice Dussaulx—masticando el último bocado de pan;» lo tuvo en la boca más de dos horas sin lograr hacerlo pasar. Rodeado de papeles y cartas, gentes que venían á hablarle de negocios, en medio de gritos de muerte, procuraba, hacia esfuerzos para contestar á todos con afabilidad. Los del Palais-Royal y del distrito de San Roque eran los más irritados; Fauchet corrió allí para pedir gracia. El distrito estaba reunido en la iglesia de San Roque; dos veces Fauchet se subió sobre una silla rogando, llorando, diciendo las ardientes palabras que su gran corazón podía encontrar en aquella necesidad; su traje, acerbado todo por las balas de la Bastilla, era también elocuente, rogaba por el mismo pueblo, por la honra de este gran día, para conservar pura é inmaculada la cuna de la libertad.

El preboste y los electores permanecían en la sala de San Juan, entre la vida y la muerte, muchas veces amenazados apuntándoles. Todos los que estaban allí—dice Dussaulx—parecían salvajes; á veces escuchaban, miraban en silencio; otras veces, un murmullo terrible como una tormenta sorda, salía de la muchedumbre. Algunos hablaban y gritaban; pero la mayor parte estaban aturdidos por la novedad del espectáculo. El ruido, las voces, las noticias, las alarmas; las cartas interceptadas, los descubrimientos, verdaderos ó falsos, tantos secretos revelados, tantos hombres conducidos al tribunal, turbaban el espíritu y la razón; uno de los electores decía: «¿No es este el Juicio final?» El aturdimiento había llegado á tal punto que todo lo habían olvidado, el preboste y la Bastilla.

Eran las cinco y media. Un grito se eleva de la Grève, un gran ruido, primeramente lejano, estalla, avanza, se aproxima, con la rapidez, la violencia y estruendo de la tempestad... ¡Se ha tomado la Bastilla!

Dentro de esta sala ya llena, entran de una vez mil hombres, y diez mil empujan por detrás. El maderamen cruje, ruedan los bancos por el suelo, el antemural es impelido sobre la

mesa del despacho; la mesa sobre el presidente.

Armados todos de manera rara unos casi desnudos, otros vestidos de todos colores. Un hombre era conducido en hombros y coronado de laurel: era Elías, todos los despojos y prisioneros á su alrededor.

A la cabeza, entre este estrépito en que no hubiera podido oírse el rayo, marchaba un joven recogido y lleno de religión: llevaba suspendido y atravesado por su bayoneta una cosa impia, tres veces maldita, el reglamento de la Bastilla.

Las llaves también eran llevadas, aquellas llaves monstruosas, groseras, usadas por los siglos y por los martirios y amarguras de los hombres. El acaso ó la Providencia quiso que fuesen entregadas á un hombre que las conocía demasiado, á un antiguo prisionero. La Asamblea Nacional las colocó en sus Archivos; la antigua máquina de los tiranos junto á las leyes que habían quebrantado á los tiranos. Aún conservamos hoy estas llaves en el armario de hierro de los Archivos de la Francia. ¡Ah! ¡Ojalá que en el armario de hierro logren encerrarse las llaves de todas las Bastillas del mundo!

La Bastilla no fué tomada, preciso es decirlo; fué entregada. Su mala conciencia la turbó, la volvió loca y le hizo perder el juicio. Unos querían rendirse, otros hacían fuego, sobre todo los Suizos, que durante cinco horas, sin peligro, sin probabilidad alguna de ser heridos, escogieron, apuntaron á sus anchas, derribando á quien querían. Mataron ochenta y tres hombres é hirieron á ochenta y ocho. Veinte muertos eran pobres padres de familia que dejaban mujeres é hijos expuestos á parecer de hambre.

Lo vergonzoso de esta lucha sin exposicion, el horror de derramar sangre francesa, que no conmovía mucho á los Suizos, acabaron por hacer caer las armas de mano de los inválidos. Los sub-oficiales, á las cuatro, rogaron, suplicaron á De Launey concluyesen estos asesinatos. El sabía lo que merecía; morir por morir, tuvo deseos un momento de hacer volar la fortaleza; idea horriblemente feroz, que hubiese destruido la tercera parte de París. Sus ciento treinta y cinco barriles de pólvora habrían levantado en el aire á la Bastilla, aplastado, enterrado todo el arrabal, todo el Marais, todo el cuartel del Arsenal..... Tomó la mecha de un cañon; dos sub-oficiales impidieron el crimen cruzando sus bayonetas, cerrándole el paso. Entonces hizo ademán de querer suicidarse, y tomó un cuchillo que le arrancaron de las manos.

Había perdido la cabeza, y no podía dar órdenes. Cuando los guardias franceses pusieron sus cañones en batería y dispararon, (según algunos) el capitán de los Suizos vió claramente que no quedaba más remedio que capitular: escribió, pasando una nota en que solicitaba salir con los honores de la guerra.—Negado.—Después pidió salvar las vidas.—Hullin y Elías lo prometieron.

La dificultad estaba en hacer cumplir la promesa. Impedir una venganza hacinada desde tantos siglos, irritada por tantas víctimas como acababa de hacer la Bastilla ¿quién podía hacerlo?... Una autoridad tan reciente, de una hora de creada, que provenía sólo de la Grève, que sólo era conocida por los dos pequeños grupos de la vanguardia, no era suficiente para contener cien mil hombres que seguían.

La muchedumbre estaba rabiosa, ciega, embriagada de su mismo peligro. Sin embargo, sólo un hombre fué muerto en la plaza; dejó en libertad á sus enemigos los Suizos, á quienes por sus capotones tomaba por lacayos ó prisioneros, hiriendo y maltratando á sus amigos los inválidos. Hubiera querido poder exterminar la Bastilla; rompió á pedradas los dos esclavos del cuadrante; subió á las torres para insultar los cañones; muchos asíanse á las piedras ensangrentándose las manos para arrancarlas. Corrieron á los calabozos para libertar á los prisioneros; dos se habían vuelto locos. Uno, espantado por el ruido quería defenderse, sorprendiéndose cuando los que rompieron la puerta se arrojaron en sus brazos mojándole con las lágrimas. Otro, que tenía una barba hasta la cintura, preguntó como estaba Luis XV, creía que aún reinaba. A los que le preguntaron su nombre, contestaba llamarse el Mayor Inmensidad.

Los vencedores no habían concluido: sostenían en la calle de San Antonio otra lucha. Avanzando hacia la Grève, encontraban sucesivamente grupos de hombres que no habiendo tomado parte en el combate, querían por tanto hacer alguna cosa, á lo ménos asesinar los prisioneros. Uno fué muerto en la calle de Tournelles; otro en el muelle. Seguían mujeres desgreñadas que acababan de reconocer sus maridos entre los muertos, y los abandonaban allí para correr tras los asesinos; una de ellas, arrojando espumas, pedía á todo el mundo que le diesen un cuchillo.

De Launey era conducido, sostenido en este gran peligro por dos hombres de corazón y de una fuerza poco comun. Hullin y otro: éste último llegó hasta el Petit Antoine, y fué arrebatado de su lado por un torbellino de la multitud.

Hullin no abandonó su presa. Conducirle desde allí á la Grève, que está tan próxima, era mayor empresa que los doce trabajos de Hércules. No sabiendo ya que hacer y viendo que De Launey era reconocido sólo á causa de su sombrero, tuvo la idea heroica de cambiarlo con el suyo, recibiendo deste este momento todos los golpes dirigidos á aquel. Pasó al fin la arcada de San Juan; si lograba hacerlo subir las gradas, lanzarlo en la escalera, todo habia concluido. La muchedumbre lo comprendia tambien, y asimismo, por su parte, hizo un esfuerzo furioso. La fuerza de gigante que Hullin habia desplegado, ya no le sirvió. Apretado como por boa enorme formada por las masas cuyos remolinos le estrechaban y comprimian, perdió pié, fué impelido y repelido y arrojado en tierra. Por dos veces se levantó. A la segunda, vió en el aire, en la punta de una pica, la cabeza de De Launey.

Otra escena ocurría en la sala de San Juan. Los prisioneros estaban allí en gravísimo riesgo de muerte: encarnizábanse, sobre todo, contra tres inválidos á quienes suponían haber sido los artilleros de la Bastilla. Uno de ellos estaba herido: el comandante De la Salle, por increíbles esfuerzos, invocando su título de comandante, logró salvarlo. Mientras que le conducía fuera, los otros dos fueron arrastrados y colgados del farol de la esquina de la Vannerie, frente al Hotel de Ville.

Este gran movimiento que parecia haber hecho olvidar á Flesselles fué, no obstante, lo que le perdió. Sus implacables acusadores del Palais-Royal, poco numerosos, pero descontentos de ver á la multitud ocupada en otros asuntos, se mantenian junto á la mesa del despacho, amenazándole, intimándole á seguirles.... Acabó por ceder, sea porque una agonía tan larga le pareciese peor que la misma muerte, sea que esperase escapar á favor de la universal preocupacion producida por el gran acontecimiento del día. «Pues bien, señores,—dijo—vamos al Palais Royal.» Apenas llegado al muelle, un hombre jóven le partió la cabeza de un pistoletazo.

La masa del pueblo acumulada en la sala no podia sangre; la veía correr con estupor, dice un testigo ocular. Miraba con la boca abierta este espectáculo prodigioso, extraño, raro hasta el punto de hacer perder el juicio. Las armas de la edad media, de todas las edades, se mezclaban; los siglos estaban representados. Elías, de pié sobre una mesa, con un casco en la cabeza, en la mano su espada forcida por tres partes, parecia un guerrero romano. Estaba enteramente rodeado de prisioneros y rogaba por ellos. Los

guardias franceses pedian como recompensa, gracia para los prisioneros.

En este momento conducen, ó mejor dicho, traen á un hombre seguido de su mujer: era el principe de Montbarry, antiguo ministro, detenido en la barrera. La mujer se desmaya; él es arrojado sobre la mesa del despacho, sostenido por los brazos de doce hombres, doblado en dos. El pobre diablo en esta rara actitud explica que hacia ya mucho tiempo que él no era ministro, que su hijo habia tomado gran parte en la revolucion de su provincia. El comandante De la Salle habló en su favor, exponiéndose mucho el mismo. Sin embargo, se ablandaron dejando la presa un momento. De la Salle que era muy forzado, se llevó al desgraciado en brazos.... Este acto de fuerza agradó al pueblo, que aplaudió.

En el momento mismo el valiente y excelente Elías encontró medio de acabar con un golpe todo proceso, todo juicio. Apercibió los niños de servicio de la Bastilla y se puso á gritar: «¡Gracia para los niños, gracia!»

Entonces se vió aquellos rostros curtidos, aquellas manos ennegrecidas por la pólvora empezar á lavarse con gruesas lágrimas, así como caen grandes gotas de lluvia despues de la tempestad. Ya no hubo cuestion de justicia ni de venganza. El tribunal estaba disuelto. Elías habia vencido á los vencedores de la Bastilla. Hicieron jurar á los prisioneros fidelidad á la nacion, y los llevaron con ellos; los inválidos se fueron pacíficamente á su alojamiento; los guardias franceses se apoderaron de los Suizos, colocándolos en seguridad entre sus filas, los condujeron á su propio cuartel, alojándolos y alimentándolos.

Las viudas ¡cosa admirable! se mostraron así mismo tan magnánimas. Indigentes y cargadas de hijos, no quisieron recibir solas una pequeña suma que les fué distribuida: incluyeron en la particion á la viuda de un pobre inválido que impidió fuese volada la Bastilla, que fué muerto por equivocacion. La mujer del sitiado fué así como adoptada por las de los sitiadores.

TENIDA FÚNEBRE CELEBRADA POR LA RESP.:

LÓG.: «PAX AUGUSTA» PARA HONRAR LA MEMORIA DEL H.: J.: G.: CH.: EX-VEN.: DE LA MISMA.

A las nueve de la noche del 24 de Junio, día de San Juan, tuvo lugar ten.: fúnebre de la Resp.: Lóg.: Pax Augusta en el vall.: de Badajoz, á la memoria de su malogrado ex-Ven.:

Juan García Chaves, fallecido en aquella ciudad el día 11 del presente mes.

El temp.^o de la *Pax Augusta*, estaba todo de luto: negros crespones cubrían los atributos, las columnas y el delta. En el centro se elevaba modesto catafalco: el nombre de CHAVES se ostentaba en fúnebre tarjeta sobre el enlutado asiento que ocupaba en vida tan distinguido hermano.

Abiertos los trab.^{os}, según ritual, con asistencia de todos los obreros de aquel cuadro, dióse entrada á los hh.^{os} visitantes, que lo fueron uno en representación de la Lóg.^a *Emérita Augusta*, otro de la Lóg.^a *Constancia* al vall.^o de Barcelona, otro de la Lóg.^a *Libertad* al Or.^o de Madrid y otro de la *Antorcha de Noega* (Asturias).

El Ven.^o de la *Pax Augusta* después de las fórmulas de ritual dirigió breves palabras á los hh.^{os} allí congregados, haciendo un elogio cumplido de las bellísimas condiciones que adornaban á nuestro malogrado h.^o.

El Orad.^o de la misma Lóg.^a pronunció un brillantísimo discurso necrológico, é hizo constar que cuando los obreros del tall.^o deberían estar reunidos en la sala de banquetes, como en otros años, por ser la fiesta solsticial, dedicaban aquellos momentos en vez de la alegría, al luto y á las lágrimas, señal inequívoca del mucho aprecio que hacían todos de la memoria del modelo de esposo, de padres, de buen ciudadano y del entusiasta mas.^o cuya pérdida lamentaban.

Los hh.^{os} visitantes, á nombre de sus respectivas Lóg.^{as} se asociaron al luto y sentimiento de sus hh.^{os} de Badajoz.

Corrido el saco de bef.^o produjo una crecida cantidad, la cual en la misma noche quedó en poder de la viuda de Chaves, para que esta Señora la repartiera entre los pobres.

Terminó la ten.^o fúnebre con un solemne juramento. El de velar todos los hh.^{os} del cuadro, porque sea lo más fácil posible la misión que tiene que cumplir la viuda de Chaves para dar educación á sus ocho hijos, todos menores de edad.

Descanse en paz nuestro querido h.^o *Trajanos*.

La Lógia *Integridad* al Or.^o de Valencia, que había sido irradiada por la autoridad masónica que la auspicia (el Gr.^o Or.^o de Perez) declarándose independiente y que solicitó relaciones oficiales con nuestra Gr.^a Lógia, las que le fueron negadas por aquella circunstan-

cia, ha sido admitida en el círculo del Gr.^o Or.^o de España (Romero Ortiz.)

Así andan las cosas de la Masonería en España; así se fomenta la insurrección y la inmoralidad, que tan perturbada traen nuestra Orden en la Península, por el prurito de aumentar á todo trance el número de Lógias en los cuadros de los GG.^{os} Orientes. Ni los enemigos de la Institución podían hacerlo mejor.

La gran fiesta anual de la Gr.^a Lógia de Inglaterra tuvo lugar el 26 de Abril bajo la presidencia del conde de Lathom, Gran Maestre adjunto.

Se declaró al príncipe de Gales instalado en las funciones de Gran Maestre, para las que ha sido reelegido por el año 1882.

Los demás oficiales fueron igualmente instalados en sus cargos. Excepto el Gran Tesorero, que es elegido directamente por la Gran Lógia, todos los demás son nombrados por el Gran Maestre. Los principales oficios son desempeñados en el presente año por los hh.^{os} siguientes:

Sustituto del Gran Maestre, el conde de Carnarvon.

Gran Maestre adjunto, el conde de Lathom.

Primer Gran Vigilante, lord Carington.

Segundo Gran Vigilante, J. Whitaker Ellis, lord maire de Londres.

Grandes Capellanes, los reverendos Thomas Robinson y Thomas Cochrane.

Gran Tesorero, el coronel Jhon Creaton.

Gran Archivero, Eneas J. Mc, Intyre, miembro del Parlamento.

Gran Secretario, el coronel Shadwell, H. Cherke.

Gran Secretario para la correspondencia alemana, Ernesto E. Wendt.

Grandes Diáconos, el mayor J. Penrice, W. G. Harrison, R. C. Else, el capitán Clemente N. Berwick-Royds.

Gran Maestro de Ceremonias, sir Alberto W. Woods.

Errata.—En la pág. 7 del número anterior, columna 1.^a línea 2.^a donde dice: «entre dos cautivos aherrojados», debe decir—«entre dos figuras de cautivos aherrojados.»

Sevilla 1882.